

riormente — una proclama al pueblo reunido en la plaza de la Greve, ante la casa de los pilares.

Igualmente prontos en la obediencia hubieron de mostrarse Juan Bussy, Leclerc y el señor de Estouteville, puesto que Rolando, el hermoso Rolando que en razón del elevado puesto que ocupaba en la corte podía creerse al abrigo de tan desagradable aventura, habíase visto de pronto rodeado por una tropa de arqueros en el momento en que, de regreso de su excursión al parque del Hotel de Villanueva, se restituía á su domicilio de la calle del Pie del diablo, en el que esperaban cuatro caballeros cuidadosamente enmascarados.

Era tal la confianza que en sí mismo tenía, que al verse detenido hubo de equivocarse con respecto á la cualidad de sus agresores.

— ¡Pasad de largo, canallas! — gritó desenvainando su acero.

— En nombre del rey, monseñor, — fuéle contestado — servíos entregarme vuestra espada.

Si el duque no podía ver la cara del que le hablaba de este modo, en cambio reconoció perfectamente su voz.

— ¡Cuerpo de Baco! — dijo; — ¿se trata de una apuesta ó habéis recibido en realidad misión de fastidiarme, señor gran Preboste?

— No, no se trata de apuesta; repuso el interpelado.

— En ese caso, ¿puedo saber de qué se me acusa?

— Monseñor, — dijo no sin vacilación el poderoso magistrado — la acusación me parece en realidad tan inverosímil...

XVI

PRISIÓN DE SED DE SANGRE.

Se recordará que las órdenes escritas por Luis de Villequier y dictadas por Salem-Kébir fueron puestas en manos del rey por Mammouth el rojo; y que Enrique III, aterrado, puso por entero su confianza en el mago, de la sagacidad del cual se prometía que adoptase las medidas más urgentes.

Armado pues de las instrucciones firmadas por el Canciller, y contando con el asentimiento de su real cliente, el hombre rojo se apresuró sin duda á llevar á la práctica sus misteriosos designios por cuanto de allí á poco dos correos de gabinete fueron enviados con gran premura, y portadores de las órdenes que á cada uno de ellos incumbían, al gran preboste de París, al procurador del gran Chatelet y al preboste de los mercados.

Este último se apresuró á cumplir la real voluntad, haciendo leer — según tuvimos ocasión de ver ante-

— He ahí un exordio que me reconcilia con vos, señor de Estouteville. Hablad pues sin ambages, y tal vez me será posible desvanecer vuestras dudas ó esclarecer lo que os parezca obscuro.

Hizo un ademán el magistrado para que se apartaran os arqueros, y luego, á media voz, pronunció estas palabras :

— La orden que me ha sido dada, monseñor, se refiere á un tal Landro Mansour, llamado Sed de Sangre...

— En ese caso buscad por otra parte; yo soy un Saboya-Nemours.

— Precisamente, monseñor; la orden añade que el tal Mansour se hace pasar por duque de Saboya-Nemours.

Rolando soltó una carcajada.

— Amigo mío, — dijo bromeando, — recordad la sentencia del Parlamento en favor mío.

— Cierto, cierto.

— Y no olvidéis que como los señores del Parlamento no han de tolerar que se diga que se equivocaron al dictar su fallo, os exponéis gravemente, al pretender demostrarles, arrestándome, que yo no soy yo. Sin embargo, teniendo en cuenta que obedecéis órdenes superiores, y porque os supongo animado del deseo sincero de dar con el auténtico Sed de Sangre, voy á proponeros esto : permitidme entrar solo durante algunos momentos en mi casa, de la que saldré enseguida para conducirlos al sitio en que debe encontrarse ahora el bandido á quien buscáis.

— ¿Según eso, le conocéis?

— Sé, por la voz pública, que su cara es exactamente igual á la mía; podéis creer que ese parecido es una verdadera y cruel mortificación para mi orgullo. Pero como nada puedo hacer para impedirlo, hábame ya resignado, y no se me hubiera ocurrido denunciarle, á no llevar ese granuja la audacia hasta el punto de hacerse pasar por mi persona, según me ha parecido deducir de vuestras propias palabras. Conque, señor de Estouteville, ¿aceptáis ó no lo que os propongo?

El gran preboste se inclinó y Rolando franqueó la verja junto á la cual formaron enseguida los arqueros.

Digamos aquí, como explicación de algo de lo que seguirá, que el duque Rolando, ó Landro Mansour, puesto que nos es conocida su verdadera personalidad, no perdonó jamás á Phtah el que ésta hubiese falsificado también el semblante de su hermano Neré, como lo hiciera con el suyo propio. Habíase además prometido favorecer los insensatos proyectos de la gipsia solo en aquella parte que pudieran serle favorables á él. Dotado de grandes condiciones de asimilación, Landro, hijo de bohemios, habíase encontrado en las gradas de trono como en su propio elemento; pero, por desgracia para él, antes que cortesano era Sed de Sangre, es decir, egoísta hasta la ferocidad y sanguinario hasta el fratricidio, si este llegaba á hacerse necesario.

En realidad, Landro había detestado siempre á su hermano, ser sensible y pusilánime de quien la locura maternal de Phtah había hecho un heredero presunto de él, dispuesto siempre á reemplazarle si por acaso llegaba á desaparecer.

Aquella noche, Rolando sabía que le estaban esperando, pues tenía dispuesto el rapto de Solange de Villanueva-Marsan. Necesitaba pues desembarazar de obstáculos su camino, sin reparar en los medios, y la maldad en él encarnada acababa de sugerirle uno monstruoso.

Una vez franqueada la verja, preguntó, dirigiéndose á uno de los cuatro caballeros enmascarados :

— Ismael, ¿ ha recibido Neré mi mensaje ?

— Si, señor, lo ha recibido.

— ¿ Sabes si ha seguido mis instrucciones ?

— La reina de las gipsias no le habría permitido desobedecerlas.

— Perfectamente ; en ese caso debe estar vestido de gentilhomme.

— Con un traje idéntico al vuestro, señor. En este momento se halla en la plaza de la Greve, haciendo correr la voz de que la fiesta tendrá lugar mañana en la torre de Nesle.

Salvaje alegría animó el semblante de Landro, quien oyendo las palabras de su acólito, pensaba satisfecho :

— Bien está ; puesto que Phtah tuvo la famosa idea de hacer otro yo con mi hermanito para reemplazarme con él en caso necesario, voy á proporcionarle en el acto esa alegría. Dirigiéndose luego á sus secuaces, añadió :

— Vosotros esperad aún algunos minutos antes de salir. Dentro de una hora, os encontraréis en la calle de Beaune, á la puerta del parque de Villanueva.... Mucha corrección sobre todo ; no es cosa de que pueda

nadie confundiros con los bandidos de Sed de Sangre, quien esta misma noche quedará encerrado en los calabozos del gran Chatelet. Esperadme donde os he dicho.

Una vez en la calle, tomó el brazo del señor de Estouville, quien parecía asombrado.

— Andando, amigo mío, — le dijo con jovialidad. —

— Vamos aquí muy cerca, á la plaza de la Greve, donde tendréis ocasión de cumplir vuestro mandato, desembarazándome á mi al mismo tiempo de un *alter ego* que me es odioso.

.
El lector no ha olvidado sin duda que al encontrarse en la plaza de la Greve, Cortomontel había dicho á Matraca :

— Es preciso buscar al señor caballero de Arma y señalarle la presencia en Paris de Sed de Sangre.

No era empresa fácil la de encontrar en Paris á Bernardo, y así lo observó el escudero bearnés, quien además parecía decidido á no ponerse al alcance de los golpes que llovían siempre, indefectiblemente, allí donde se hallaba el fogoso é imprudente joven. Sin embargo, aviniéndose á las razones del exbandido, emprendieron los tres, es decir, Matraca, Cortomontel y Rucio, el camino que conducía al valle de la Miseria, cuando al entrar en la calle del Crucifijo Santiago, hubieron de retroceder, atraídos por lejano é inmenso clamor.

Vieron entonces que la multitud que poco antes ocupaba la plaza de la Greve apiñábase á la orilla del Sena,

en el sitio llamado Puerto del forraje. Y de que la emoción era grande en aquel sitio, de que tal vez había por allí batalla, testimoniaban las mujeres que salían huyendo, levantados al cielo los brazos y gritando como locas:

— ¡Los arqueros no pueden hacer nada! — decían unas.

— ¡Qué horror! — gritaban otras. — ¡Sed de Sangre prende fuego á la paja!

— ¡Paris vá a arder por los cuatro costados!

— ¡Alerta, barón! — dijo Cortomontel. — Si como dicen esas gallinas mojadas se trata de prender á Sed de Sangre, bueno es que nos aseguremos de que lo trin-can ¡por las tripas de Proserpina! Y para eso es preciso que nos acerquemos un poco.

Así lo hicieron, y remolcando Cortomontel á Matraca, quien á su vez remolcaba á su mulo, no tardaron en hallarse confundidos entre la muchedumbre agolpada á la orilla del río.

El señor de Estouteville, á la cabeza de sus arqueros, acababa de llegar al Puerto del forraje por la calle de Largos puentes, y la casualidad, puesta al servicio de Rolando, permitió que este último dijese al gran Preboste, señalando á la primera persona con quien se encontraron:

— La suerte os ayuda, señor y amigo mío; ved si no es facilísimo confundir á ese hombre con mi persona... Cualquiera diría que soy yo mismo, ¿verdad? Bueno, pues podéis prenderle sin el menor escrúpulo, porque ese es el verdadero, el auténtico Sed de Sangre.

Entonces la ronda del Preboste se lanzó en persecu-

ción del gentilhombre á quien Matraca confundiera poco antes con su amo; pero se trataba de una captura difícil, cuyas consecuencias nadie podía prever.

Y sucedió que Nere, viendo que su hermano le señalaba, y creyendo que tratábase tan sólo de lanzar á los arqueros tras una pista falsa, lanzó el grito que servía para reunir á los bohemios que componían la guarnición del castillo de Chaumont, al mismo tiempo que se dirigía corriendo hacia la más próxima de las pasarelas ó pequeños puentes que conducían hasta las barcazas cargadas de paja y forraje.

Momentos después, de la multitud apiñada en la orilla elevábase un coro de lamentaciones, que cesó como por encanto, convirtiéndose en horrible desbandada, cuando del río brotaron llamas gigantescas que enviaban á tierra enormes columnas de humo espeso y acre.

Como lo presintieran las comadres, el temible bandido acababa de incendiar los flotantes almiarés, que, rotos los cables que los retuvieran, iban ya, aguas abajo, con velocidad aterradora.

La luz de las ocho gigantescas antorchas que bajaban por el río alumbró, en el trayecto de aquellas hasta el Puente de Nuestra Señora, terribles escenas de violenta desesperación. Todo el mundo corría, las gentes se empujaban, sin saber hacia dónde huir ni por donde escapar, mientras que ajenos al peligro, los arqueros aumentaban la confusión persiguiendo al bandido que acababa de prender fuego á las gavillas.

Pero es de creer que sin la energía desplegada por el

duque de Saboya-Nemours, Sed de Sangre habría logrado escapar á las gentes del prebostazgo. El mismo fué quien lo detuvo, sin batalla, sin efusión de sangre, poniéndolo inmediatamente en manos del señor de Estouteville.

Como en todas partes hay quien ve visiones, no faltó en aquella ocasión quien observó ó creyó observar que el bandido había renunciado á toda resistencia en cuanto se posó sobre él la mano del duque.

Fué precisamente en este punto cuando llegaron Cortomontel y Matraca, quienes pudieron ver cómo pasaba ante ellos el prisionero, sólidamente agarrotado y conducido por los guardias.

— Buena captura: — observó el escudero.

— ¿Quién sabe? — dijo sentenciosamente Cortomontel, cuya mirada pasaba alternativamente del cautivo al duque Rolando. — Quién sabe, ¡muerte de mis huesos! cuál de esos dos es el verdadero Sed de Sangre.

Apresurábase la escolta en dirección al gran Chatelet para encerrar en él al preso, y mientras tanto algunos heroicos marineros, montando frágiles canoas, habíanse lanzado en persecución de la escuadrilla inflamada aunque sin saber cómo arreglarse para detener aquellos brulotes á los que no había medio de acercarse por el intolerable calor que despedían.

Los habitantes de las casas ribereñas tiraban piedras, y aun tiros de arcabuz, con la esperanza de que, agujereada la primera de las barcas cargadas de paja en ignición, detendriase al fin, deteniendo á su vez á las demás. Pero sus esfuerzos resultaban inútiles, y las

enormes hogueras seguían deslizándose aguas abajo, amenazando las casucas de la orilla.

El pánico fué entonces general, y hubo gemidos, gritos de terror é invocaciones á todos los santos. Habíase perdido la sangre fría, el valor resultaba inútil, y se renunció á la lucha.

Permitióse, resignadamente, que el destructor elemento comenzase sus estragos, y como las casas del puente así como las más inmediatas á las orillas parecían las más seriamente amenazadas, comenzó el lanzamiento de muebles por las ventanas.

Como es de suponer, las gentes de la Corte de los milagros, ladrones, descuideros y malandrines de toda especie, mostráronse complacientes en extremo en aquellas críticas circunstancias, prestando su desinteresado concurso á los incautos burgueses, quienes, ocioso nos parece decirlo, no volvieron á ver nunca más los objetos puestos en seguridad por los abnegados desconocidos.

Cuando el embarcadero se hundió al fin, pudo observarse que la cadena de protección hallábase tendida más allá del puente, lo que dió por resultado que deteniéndose al fin los brulotes, la paja acabó de consumirse, y las llamas fueron extinguiéndose poco á poco, sin comunicar el fuego á ninguna casa.

Digamos aquí, en honor de tan altruistas personajes, que fueron Matraca y Cortomontel los que tuvieron la feliz idea, inmediatamente puesta en práctica, de tender la cadena que detuvo las barcas en fuego, evitando de este modo una espantosa catástrofe.

.....
 Mientras esto sucedía en el río, en el Hotel de Villanueva-Marsan, mejor dicho, en el ala oriental de este edificio, todo parecía dormir.

El gran marqués habíase retirado á su alcoba, como la vispera, luego de barricar cuidadosamente las puertas, y de poner de centinelas, encerrados en sus armaduras, á Fargas *el idiota* y á *Hueso de tuétano*. Cuanto á la *Tetona*, desterrada del aristocrático tálamo por una infracción á las reglas de la etiqueta que hubo de permitirse, roncaba en el suelo, abrazada á un frasco de licor levantino.

El sueño del gran marqués era agitado, como si el hombre sufriera de terribles pesadillas, ó como si su respiración fuese dificultosa, accidente este último muy posible, por cuanto respirábase en aquella habitación, en la que se había cenado suciamente y bebido sin medida, una atmósfera de taberna mal frecuentada.

Las luces habíanse ido apagando una tras otra, elevando hacia el techo el humo de sus últimos suspiros; sólo ardía, en el momento en que penetramos en la estancia, la lámpara de una tедера.

En aquella semi-obscuridad y en medio á aquel silencio apenas turbado por las modulaciones nasales de la *Tetona*, abrióse de pronto un lienzo de pared con rumor demasiado leve para turbar el primer sueño de los cuatro bebedores, pues los dos centinelas, acostumbrados ya á descansar en pie, dormían como benditos dentro de sus armaduras.

El lector no ha olvidado sin duda que el arquitecto

del Hotel había hecho obra de original simetría, disponiendo en los muros huecos todo un sistema de comunicación invisible, cuyo punto de partida hallábase en una cava independiente de los subsuelos.

Este subterráneo, en efecto, pasaba bajo el patio de honor, y hallábase separado de las cavas utilizadas por todo el espesor de los cimientos del edificio. En él había establecido su cuartel general, desde dos días antes, el verdadero escapado del castillo de Vincennes, el segundo cliente del estufista Jonás, el Gaultfarault aclamado en la Corté de los milagros por haber derribado el poste que contenía el rescripto real.

Allí había vivido, durante ese tiempo, en compañía de *Diógenes*, el buen perro, quien habíale procurado alimentos haciendo atrevidas incursiones culinarias, favorecidas todas por el éxito más completo; y allí oculto, pudo enterarse de cuanto ocurría en las habitaciones de la marquesa como de lo que pasaba en las suyas propias, gracias á la facilidad con que le era dado circular por los secretos corredores.

Porque es de advertir — caso de que no lo hayamos ya hecho en el decurso de esta larga y verídica historia — que la galería *intra muros* atravesaba en el primer piso todo el cuerpo de edificio, teniendo uno de sus extremos en el ala occidental, tras de la tapicería atribuida al Primaticio, y el otro en el ala oriental, detrás de un tapiz, de todo punto semejante al primero, pero cuyo dibujo parecía acusar la factura del Tintoreto.

Abrióse pues, como decíamos, el tablero móvil de

esta última, dejando al descubierto un hueco sombrío, en el que aparecieron sucesivamente el mismo perro y el mismo hombre que, al otro extremo del Hotel, en las habitaciones de la marquesa, acababan de apoderarse de la súplica dirigida por ésta última á Catalina de Médicis.

El primero, es decir, el perro, fuese en derechura á olfatear las dos armaduras habitadas por los truhanes; luego volvió hacia la mesa, bajo la cual se detuvo ante el mantel que medio cubría á la *Tetona* y los restos del festín, fraternalmente confundidos.

Cuanto al hombre, luego de cerrar cuidadosamente la puerta secreta, fué á descolgar la tederá aún encendida y penetró con ella bajo las cortinas de la alcoba.

Una vez allí, puso la lámpara en la mesa de noche, é inclinándose sobre el lecho, dióse á contemplar con atención sostenida, el semblante del gran marqués.

— ¡Parece increíble! — dijo á media voz. — He aquí un bergante que parece haberse introducido en la piel de un hombre honrado gracias á su barba postiza y á su peluca gris. Creo que si mi noble y venerado padre viviese aún, no sabría distinguir, en presencia de este noble semblante, y del mío propio, cuál de los dos es el de su hijo.

En realidad de verdad, más que dos rostros diferentes, la lámpara parecía alumbrar el mismo semblante repetido. Porque hay que decir que, sea por arte de magia ó por buscado subterfugio, el antiguo prisionero de Pedro Mirot y sabio magnetizador de la

gentil Glorieta, llevaba de nuevo su hermosa barba y la leonina melena que vimos caer al golpe de las tijeras del judío Jonás.

Terminado el examen, sentóse el hombre en el lecho, y rechazando desdeñosamente todo el arsenal dispuesto para el probable caso de una sorpresa, se inclinó hacia el durmiente.

Entonces comenzó una lucha extraña. Tratábase de obtener, no ya el sueño magnético, sino por el contrario, un resultado diametralmente opuesto, aunque empleando un procedimiento análogo; el llamamiento al despertar silencioso.

Las pupilas del intruso parecían irradiar relámpagos minúsculos, que penetraban rápidos á través de los párpados del marqués dormido.

Como si sintiera en ellos una quemazón, el durmiente hizo algunas contorsiones, gruñó durante pocos momentos, y luego, bruscamente, sus ojos se abrieron.

Es de suponer que lo que pudo ver enseguida debía concordar con lo que motivara su pesadilla reciente, por cuanto creyendo que aun seguía soñando no obstante hallarse despierto, murmuró con voz gruesa y avinada:

— ¡Diablos que se me lleven! Otra vez el mismo sueño... ¡Hay para volverse loco!

Frotóse los párpados con energía, y volvió á abrirlos de nuevo, aunque con ciertas precauciones.

— Infame Gaspar Mouvette; — decía. — Capaz es de haberme hecho modelar en cera... á menos que sin saberlo no me haya yo desdoblado.

Sentándose de pronto en la cama avanzó las manos para palpar aquella cara inmóvil que se le antojaba ser la de un maniquí.

Pero sus dedos encontraron una carne viva, y entonces se le hizo un nudo en la garganta, aun cuando abrió la boca, enorme, para hacer un llamamiento desesperado á los dos truhanes por él convertidos en antiguos caballeros.

La ruda mano del visitante audaz obstruyó entonces como candado de acero sus labios, poniéndolos en la imposibilidad de formular el menor sonido, al mismo tiempo que decía á media voz :

— ¡Aquí, Diógenes!

Las cortinas del lecho se agitaron con violencia, y sobre él saltó un animal peludo que al bostezar siniestramente dejó al descubierto sus formidables y blancos colmillos.

— Como no quiero ensuciar me las manos ahogándote sin contemplaciones, — dijo el hombre, — te juro por Dios vivo que te hago devorar por esta bestia, como te atrevas á levantar la voz, estúpido cobarde!

El gran marqués no protestó. ¿Para qué? Ya sabía á qué atenerse. Gaspar, traidor abominable! ¿Qué no hubiera dado él por tenerlo allí y darlo como pasto al animal de los colmillos afilados?

Pero no le era posible realizar sus deseos, y observando que el cancerbero habiase retirado, hizo cuanto le fué dable por recobrar su natural aplomo, y dijo saludando :

— Grande es mi satisfacción al veros, monseñor...

Sí, al veros bien de salud y ocupando aquí un puesto que á mí no me corresponde... Pero creedme, que por mucho que viva, no incurriré de nuevo en la tentación de gustar honores. Para mí ha sido una verdadera pena verme obligado á reemplazaros, y, para ello, á desempeñar un papel fastidioso y horripilante, pero... En fin, ¿debo largarme ya? ¿disiparme? ¿desvanecerme? Mandad, señor, dadme vuestras órdenes, y ya veréis con cuánto placer y cuán prestamente se volatiliza Gaultfarault.

— ¡Ah! — dijo el otro; — tú eres Gaultfarault, primer truhán de la Corte de los milagros, según creo...

El valeroso anfitrión de *Hueso de tuétano*, de Fargas y de *la Tetona* saludó con la peluca, con lo que puso al descubierto un cráneo desnudo y reluciente en el que todo sistema capilar parecía muerto desde mucho tiempo antes.

— Bien informada está vuestra señoría, — dijo con cómico orgullo. — Y he aquí por donde somos, vos y yo, los más excéntricos poderes que es posible encontrar en este momento en el reino de Francia. Porque si yo soy príncipe de la hampa, soberano del argot y rey de Thunes, vos sois en cambio Jacobo de Villanueva-Marsan, el gran Marqués...

Hubiera podido creerse que el gran marqués — el único que en realidad tenía derecho á ese título y que acababa de revelarse, iba á sentirse indignado. No fué así sin embargo, y se limitó á contemplar con altiva majestad al cómico habilísimo que sus enemigo habían escogido para suplantarle.

En él veía una caricatura suya; nada más que eso.

Por otra parte, no podía inspirarle odio, pues gracias á aquel grotesco substituto, y sobre todo, á la cobardía que le dominaba, iba á serle posible á él, el supuesto asesinado, trabajar al amparo de aquella superchería y reconquistar todo lo que había perdido.

— Habla francamente; — le dijo. — ¿Quién te ha colocado en este sitio peligroso?

— Una noble señora con cara de marfil viejo.

— ¡Catalina! Me lo figuraba. Bueno: pues ahora has de saber, tunante, que vas á tener que habértelas conmigo. Claro es que tu impostura merece la muerte; sin embargo, teniendo en cuenta que después de todo tú no has sido más que un vil instrumento, si consientes en servirme, posible es que el rayo pase por encima de tu cabeza para ir á herir á los verdaderos culpables.

— Pero señor...

— ¡Cállate! Hace un momento me dijiste que querías marcharte cuanto antes... Pues bien, vas á quedarte aquí; tu presencia servirá admirablemente mis proyectos. Yo necesito presentarme libremente en la corte, andar por París con la cabeza alta, y no puedo hacer ni una cosa ni otra porque me han asesinado; ¿comprendes? ¡Estoy muerto!

Gaultfarault, más tranquilo ya, interrumpió.

— Puesto que vos lo aseguráis, fuerza será creerlos.

— ¡Silencio he dicho! Voy á determinar. Suceda lo que quiera, sea lo que fuere cuanto se haga para obligarte á salir de aquí, es preciso que te niegues en ab-

soluto. Continuarás encerrado en este cuarto con tus compañeros de estúpida crápula, sin recibir á nadie, á nadie absolutamente, ¿me oyes bien? hasta el momento en que yo venga á decirte que puedes volver á tu guarida.

— ¡Ah, señoría! — suplicó el truhán. — Por tanta abnegación...

— Por tanta abnegación — dijo el verdadero gran marqués — consentiré en olvidar lo que has hecho, todo cuanto has hecho, y me parece que es bastante.

— Sí, sí.

— Bueno; sabe ahora que si por causa tuya llega á saberse que yo pienso y obro, ó á enterarse alguien de o hablado en esta entrevista, serás quemado vivo.

— ¡Ah, no! Yo os juro...

— Basta; — dijo el marqués autoritario; — levántate y ve á abrirme la puerta.

— Pero, ¿no podríais salir por donde habéis entrado?

— ¡Obedece!

Sin esperar á que se lo dijeran por segunda vez, Gaultfarault fué á dejar en su sitio le tедера, apresurándose enseguida á derribar la barricada que defendía la puerta.

Y como dicha operación no pudo hacerla sin producir algún ruido, sucedió que los truhanes de las armaduras se despertaron, avanzando dispuestos á rechazar un ataque, deteniéndose, no obstante, al oír los significativos gruñidos de *Diógenes*.

En aquel momento, les gritaba Gaultfarault asustado:

— ¡Alto, y de rodillas, granujas! De rodillas enseguida para besar la huella de los pasos de su grandísima excelencia el propietario de una porción de estados y de su acompañamiento que se han dignado visitarme.

Las armaduras se derrumbaron con estrépito, arrastrando á *la Tetona* en su caída, y el marqués aprovechó este incidente para deslizar en el oído del rey de Thunes estas palabras.

— Nada tan fácil como quemar á un individuo en secreto; no lo olvides. Aquí, sin moverte para nada, hasta que yo estime que debò levantar esta consigna. Si por acaso no vengo yo en persona á buscarte — todo hay que preverlo — sigue sin vacilar al hombre que venga acompañado de este perro. ¡Hasta muy pronto!

Dicho esto, y precedido de Diógenes que ladraba alegremente, el gran marqués, franqueó, alta la frente, el umbral de la puerta, que se cerró enseguida de darle paso.

XVII

TUTE DE ENAMORADAS

Como quiera que lo que va á seguir no es más que una exposición cronológica de lo acaecido durante el espacio de noventa minutos empleados por Bernardo de Arma en realizar un poderoso esfuerzo, inverosímil si se tiene en cuenta las energías perdidas en el decurso de su accidentada vida, séanos permitido mencionar la hora exacta que vió florecer cada una de sus amorosas citas.

Á los ocho y veinte.

— Dignaos seguirme, señor caballero.

Estamos á la puerta de una casa elegante, situada en las cercanías del Hotel de Rouen, en la esquina de las calles del Pavo y de los Cordeleros. Dicha puerta acababa de abrirse al primer aldabonazo dado por Bernardo de Arma, y la frase invitatoria que transcrita queda era pronunciada por una incitante criadita, á quien el caballero se apresuró á obedecer.